

Mannucci– y la bibliografía. También se refiere con frecuencia a las últimas orientaciones ofrecidas por el Magisterio o por la Pontificia Comisión Bíblica que el autor no conoció. En algunas partes, como las del Canon o las de Hermenéutica, el cambio ha sido mayor: se rellenan lagunas, sobre todo en la cuestión del canon, y desaparecen bastantes imprecisiones en el capítulo de hermenéutica.

Sin embargo, permanece el planteamiento casi exclusivamente histórico de la edición anterior. No ha habido un cambio hacia un planteamiento teológico –obviamente, con un suelo histórico también– donde la novedad de Cristo, expresada en la proclamación apostólica, se hace presen-

te en la Iglesia guiada por el Espíritu que reconoce, y con ello interpreta, en el único canon completo de las Escrituras transmitido en la tradición, a Cristo que habla con ellas a la Iglesia y con ellas la Iglesia proclama a Jesucristo ante los hombres. La frase es larga y complicada. Necesita ser desarrollada en múltiples ramificaciones. Pero este desarrollo es el que se pide a la Introducción a la Sagrada Escritura. El libro de Mannucci-Mazzinghi ofrece muchísima información interesante, ordenada de manera eficaz. Con un salto –un salto cualitativo– hacia la teología hará un servicio todavía más eficaz.

Vicente BALAGUER

Robert SPAEMANN, *Meditaciones de un cristiano. Sobre los Salmos 52-150* (t.o.: *Meditationen eines Christen. Über die Psalmen 52-150*), Madrid: BAC, 2017, 288 pp., 15 x 21,5, ISBN 9788422019978.

Benedicto XVI explicó en una de sus catequesis sobre estos textos sapienciales que, «en los Salmos, la palabra de Dios se convierte en palabra de oración»: «quien reza los Salmos habla a Dios con las mismas palabras que Dios nos ha dado». Robert Spaemann es uno de los grandes filósofos vivos en lengua alemana; pero al ofrecer sus reflexiones sobre los salmos no reclama esta condición ni pretende aportar una particular preparación teológica o exegética, a pesar de que ha acudido a «intérpretes anteriores». «Son pensamientos de un laico, de un cristiano creyente en la Revelación y de un filósofo creyente en la razón». Su competencia, dice, es la de alguien capaz de recibir en la fe la Escritura y orar con ella: es lo que él llama una «apropiación orante de los salmos». En este volumen, sobre una selección de los números 52-150, análogo al que ofreció en

un volumen anterior. Ha esperado mucho tiempo para darlos a la luz, hasta acabar con su tarea filosófica. No hace propiamente unos «comentarios» a los salmos sino que ora con ellos, y los ofrece al lector. «Lo cual significa que, en realidad, he escrito para mí mismo», concluye (p. XVIII).

La presencia del mal y de la acción del maligno, tan profundamente sentida en estos textos poéticos, es meditada por el filósofo alemán en toda su urgencia y veracidad. Con su silencio al no impedir el mal, Dios se somete a la acusación de complicidad o de impotencia. Podría parecer que Dios ha muerto, como declaró Nietzsche. La fe del lector de salmos no resuelve el misterio ni encuentra respuestas definitivas (sólo ofrecidas en profundidad por una lectura cristológica de algunos de ellos), pero eleva la mirada por encima de una perspectiva puramente racional. Sin acabar de

comprender del todo, encuentra que Dios no cierra el camino de la libertad, que su paciencia es misericordia y que permite el mal en el plan de salvación para poder destruirlo al final de modo definitivo. Así, Spaemann no puede dejar de ser filósofo cuando abre el salterio, lo cual dota a sus consideraciones de especial profundidad. Sin embargo, no convierte estos comenta-

rios en meras glosas filosóficas, pues constituyen las meditaciones –con todas sus perplejidades– de un creyente que es filósofo. Es el fruto –dice– de su oración. El traductor, Fernando Simón Yarza, ofrece en el texto referencias, notas y aclaraciones que ayudan a una mejor comprensión del texto.

Pablo BLANCO

Bernardo ESTRADA, *Así nacieron los evangelios*, Madrid: BAC, 2017, 194 pp., 15,5 x 20,3, ISBN 978-84-220-1966-4.

Las indicaciones bibliográficas muestran al lector que tiene delante un libro pequeño, manejable, que puede acabar en un tiempo relativamente breve. Si se decide a leerlo, al acabar pensará más bien que tiene entre sus manos un pequeño gran libro, un texto sobre el que puede volver para saborearlo y disfrutar con él. No es un elogio desmesurado; intentaré mostrar por qué.

El autor, Bernardo Estrada, es profesor de Nuevo Testamento en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma, desde 1986. Aunque en la Bibliografía que invoca en las notas y al final del texto sólo cita los cuatro artículos en los que ha tratado directamente del tema del volumen, tiene en su haber dos monografías sobre temas bíblicos –la alegría– y literarios –las parábolas– de los evangelios, y unos cincuenta artículos científicos en los que aborda cuestiones vecinas a las del libro. El texto que presenta, por su parte, tiene la virtud de ensartar las ideas en el cuerpo con claridad, invocando en las notas a pie de página las referencias bibliográficas donde el lector interesado encontrará el apoyo de cuanto se afirma en el cuerpo. Las notas no son un complicado ejercicio de erudición por parte del autor, sino el lugar donde el lector puede obtener mayor información.

El índice es escolar: enseña aquello de lo que va a tratar, sin recurrir a expresiones que podrían llamar la atención del lector. Por ejemplo, el primer capítulo (pp. 3-29) se titula «El Evangelio» y trata ordenadamente del primer kerigma cristiano: desde Pentecostés a las variadas formas que toma en todas las tradiciones que acabaron por sedimentar en los escritos canónicos. Lo que el autor muestra ordenadamente es la primera proclamación apostólica de la novedad escatológica, definitiva y, en cierta manera, inefable, que supone para el mundo el acontecimiento de Jesucristo resucitado. Si el lector, en lugar de este título –lo mismo habría que decir de los subtítulos–, se encontrara con otro que dijera, por ejemplo: «El Evangelio: lo imprescindible, pero también lo deseado» –que, por cierto, es de lo que trata después el capítulo–, el texto le tendería un anzuelo al lector, que le mostraría mejor el contenido apasionante que se va a encontrar. Quizás esto supondría cambiar el género literario pretendido por Estrada para su volumen, que es ciertamente escolar, pero mostraría mejor la fascinación que suscita su lectura.

Los otros capítulos –«Jesús. Sus dichos y hechos» (pp. 31-72), «La predicación apostólica» (pp. 73-129), «La redacción de los evangelios» (pp. 131-175)– se dedican,